



El Rosario – la oración predilecta de María

25



“Que la vida de María, quien dio a luz a Dios, sea para todos ustedes tan instructiva como si hubiera sido escrita. Lleguen a conocerse a sí mismos en ella y realicen las buenas obras que no hicieron en el pasado.”

—San Atanasio

Cinco dedos

¿No te ha pasado que a veces no sabes por quién o por quiénes debes rezar? ¿Quieres saber un secreto? Algunos lo llaman "rezar con los cinco dedos" y puede aplicarse a los cinco misterios del Rosario.

1. Tu pulgar es el dedo más cercano a ti. Así que comienza tu oración encomendando a tus más allegados: tu familia, tus amigos... son los más fáciles de recordar. Orar por nuestros seres queridos es, como dijo una vez C.S. Lewis, una "dulce obligación".

2. El segundo dedo es el índice. Ora por los que enseñan, instruyen y sanan a otros. Esto incluye a maestros, médicos, sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas... Ellos necesitan apoyo y sabiduría para señalar a otros la dirección correcta. Tenlos presentes en tus oraciones.

3. El tercer dedo es el más alto y nos recuerda a nuestros líderes. Ora, en primer lugar por el Papa y los Obispos, por los gobernantes, los líderes de la industria, los sindicatos, la política. Todos ellos necesitan ser guiados por Dios para saber guiar a la Iglesia y las naciones.

4. El cuarto es el dedo anular. A muchos sorprende saber que éste es el más débil de nuestros dedos. Cualquier maestro de piano lo puede confirmar. De ahí que deba recordarnos orar por los más débiles de la sociedad: los enfermos, los que sufren, los que están en problemas. Todos ellos necesitan tus oraciones día y noche. Jamás rezarás suficiente por ellos.

5. Finalmente, el quinto dedo es el más pequeño. Es donde debemos colocarnos nosotros en relación con Dios y con los demás—en último lugar. Como dijo Jesús: "El que sea superior entre ustedes hágase servidor de los demás, y quien sea el primero, debe ser esclavo de todos" (Mc 10,43). Tu dedo meñique debe recordarte que también necesitas orar por ti.

“Si están en mí y mis palabras en ustedes, pidan lo que quieren y les será concedido.”

(Juan 15, 7)

Un joven Inquieto (III y última)

Existe un cuadro extraordinario en que ha sido representado el mismo Domingo el Cartujo. Se trata curiosamente de una obra de un grandísimo pintor español del siglo XVII, Zurbarán. El cuadro había sido usurpado en España por el estado cuando en 1836 se desamortizó la cartuja de Jerez y vendido al rey de Francia. Éste a su vez lo puso a la venta en Londres y Atanasio Raczyński, un magnate polaco, lo compró para su colección de Berlín. Posteriormente trasladó la colección a Posen, donde luego quedó en el museo Federico III. Actualmente está en el museo nacional de Poznan.

Los rasgos de la Virgen los tomó Zurbarán de un antiguo retrato de Margarita de Baviera. Así pues Margarita, Adolfo y Domingo son puestos en escena por Zurbarán para visualizar el mensaje que la Virgen quiere transmitirnos a todos nosotros, sus hijos tantas veces atribulados: «Permaneced conmigo en la meditación, en la oración continua. Ésta será para vosotros una fuente de consuelo en medio de las pruebas».

Después del noviciado vivió Domingo siempre con gran fe y amor a Cristo y a la Virgen. También sabemos que durante toda su vida se vio afectado de grandes sufrimientos físicos y psicológicos, como él mismo fue contando en su «*Liber experientiarum*». Gracias a su rosario de cláusulas pudo encontrar fuerzas para ser fiel hasta el final a la promesa que había hecho de crío. María guió a Domingo a lo largo del misterioso camino de la vocación. Más adelante éste continuó su tarea de componer cláusulas para las Avemarías del Rosario, y llegó a las ciento cincuenta del salterio entero. Pasó a la historia con el nombre de Domingo de Prusia.

Son bastantes los teólogos y pastores que insisten en que debemos volver en parte a la espiritualidad de Domingo de Prusia y rezar el rosario de forma mucho más meditativa. Es curioso por ejemplo señalar que el actual Catecismo de la Iglesia Católica incluye el rosario entre las oraciones mentales y lo pone en paralelo con la «*lectio divina*», o lectura meditativa de la Biblia.

La figura de Domingo el Cartujo nos lleva a rezar el Rosario más lenta y meditativamente, dejando espacios de silencio, centrándonos más en los misterios de Cristo, apoyándonos en el Nombre de Jesús para hacer de él el eje principal del rosario. Se invita a iniciarse al rezo en solitario o en grupos pequeños antes de pasar a su recitación en grandes comunidades. La presencia de María, que guardaba en silencio todos los misterios de Cristo en su corazón, aparece ante nosotros cada vez más como el lógico espejo en que se formó Domingo Helion y en que nosotros aprendemos también a orar. (Tomado de El Camino del Rosario.)

En el recorrido espiritual del Rosario, basado en la contemplación incesante del rostro de Cristo -en compañía de María-, este exigente ideal de configuración con Él se consigue a través de una asiduidad que pudiéramos llamar «amistosa». Esta configuración nos introduce de modo natural en la vida de Cristo y nos hace como «respirar» sus sentimientos. (*Rosarium Virginis Mariae*, n°15)